

LA LIEBRE Y EL VELO

1º - 3º

— *Toma la escopeta, José; toma la escopeta y ve a cazar* —le dijo aquella mujer a su hijo una madrugada— *Tu padre quiere comer polenta con liebre.*

José tomó la escopeta y se fue a cazar. Pronto vio a **una liebre** que saltaba de unas matas y corría por un campo. Cargó la escopeta, apuntó y apretó el gatillo. Pero la escopeta dijo:

«¡Pum!» con voz verdaderamente humana, y en lugar de disparar la bala lejos, la dejó caer al suelo. José la recogió y se la quedó mirando asombrado. Luego observó atentamente la escopeta, que parecía la misma de siempre, pero que en lugar de disparar había dicho

«¡Pum!» con una vocecilla alegre y vivaz.

José examinó también dentro del cañón, pero, vamos, ¿cómo podía haber alguien escondido allí? Realmente, dentro del cañón no había nada ni nadie.

— *Y papá quiere comer liebre ... con polenta ...*

En aquel momento volvió a pasar la liebre de antes por delante de José, pero esta vez llevaba un velo de muchos colores en la cabeza y flores de azahar en el velo, e iba con la mirada baja y caminaba pasito a paso.

— *Vaya* —dijo José—, *esta liebre va de fiesta.*

¿Qué es lo que querrá hacer y a dónde irá?

Mejor ya no la molesto. Iré por un faisán.

En efecto, un poco más allá del bosque vio a **un faisán** que paseaba por el camino, tan tranquilo, como en el primer día de caza, cuando los faisanes no saben todavía lo que es una escopeta.

José apuntó, apretó el gatillo y la escopeta dijo:

«¡Pam! ¡Pam!» dos veces, como habría hecho un niño con su escopeta de madera. El cartucho cayó al suelo y asustó a unas hormigas rojas, que corrieron a refugiarse bajo un pino.

— *¡Estamos buenos!* —dijo José, que empezaba a enfadarse—. *Contenta se va a poner mi mamá si regreso con el zurrón vacío.*

El faisán, que al oír aquel «¡Pam! ¡Pam!» se había escondido en la espesura, volvió a aparecer en el camino y esta vez seguido de sus pequeños, en hilera, que tenían muchas ganas de reírse. Y detrás de todos iba la madre, orgullosa y contenta como si le hubiesen dado el primer premio.

- *Claro, tú sí que estás contenta* —murmuró José—. *Tú vas tan contenta a algún lugar ahora, ¿qué cazo yo?*
- *Por lo menos dime a dónde vas tan feliz para que yo también me alegre un poquito.*

- ¿No sabes que se acerca la Pascua y algo especial y bello va a ocurrir?
- No sabía. Yo solo necesito algo para la cazuela de mi mamá y papá. Dijo mientras el faisán se alejaba con sus crías.

José volvió a cargar la escopeta con mucho cuidado y miró a su alrededor. Solo vio a **un mirlo** sobre una rama, que silbaba como diciendo:

«¡Qué día más bonito. Algo especial y bello va a ocurrir ».

Pero José, ya sin querer, disparó, pero la escopeta dijo:

«¡Bang!», como los niños cuando lanzan piedras al aire. Y añadió un ruidito que parecía una risita. El mirlo silbó más alegremente que antes, como diciendo:

«Has disparado, pero sin resultado alguno. Algo especial y bello va a ocurrir».

- Me lo esperaba —dijo José—. Se nota que hoy va a pasar algo inusual.

Entonces José vio que, como el faisán, el mirlo voló de la rama y se dirigía a algún lugar, cantando su canción favorita:

1. Muy tem - pra - no, des - per - tan - do,
2. Vue - la y vue - la, ba - ja y su - be,

se es - cu - cha al mir - lo so - lo can - tar.
so - bre sus a - las el mir - lo va.

Al - to sil - va, sil - va al - to,

a - nun - ci el dí - a que va a em - pe - zar.

<https://ideaswaldorf.com/el-mirlo/>

José volvió a cargar la escopeta, pero ya si mucho convencimiento. Empezaba a entender que esa actividad no le gustaba ni la quería hacer, aunque sus papás se la hubieran ordenado. Fue entonces, cuando ya se iba a volver a casa sin nada, cuando apareció en su camino **un gato** muy grande y salvaje. Cuando estuvo cerca del animal, éste se asustó, más cuando vio que José portaba un arma en sus manos. Entonces, antes de que el minino empezara a correr, José le habló diciendo:

- No huyas, por favor. No te voy a dañar. Sé que tienes prisa y, además sé hacia dónde te encaminas. ¿A que para ti hoy es un día especial y bello?

El felino se quedó “patitieso” al comprobar que no solo no le iban a hacer daño, sino que además ese niño sabía algo de lo que iba a suceder ese día en el gran bosque.

- *¡Por favor, déjame ir contigo y muéstrame el evento hacia donde todos los animales se encaminan y por el cual están todos tan felices!*

Dicho esto, tomó el arma y la arrojó al suelo, a un agujero profundo que se escondía entre matorrales tupidos.

Viendo esto, el gatazo perdió el miedo y, en vez de correr, caminó lo suficientemente despacio como para que José le pudiera seguir.

Después de un tiempo, los dos llegaron a una zona desarbolada y amplia donde se habían reunido muchos animales: allí estaba el faisán, el mirlo y, ¿cómo no?, la liebre.

Muchos más animales rodeaban a esta liebrecita, la cual había colocado el velo de colores sobre la hierba fresca.

José y el gato se acercaron y comprobaron lo siguiente:

La liebre les decía a todos que ese año tenía un pequeño problema para hacer lo que hacía todas las Pascuas: sus compañeras, las liebres no podían estar con ella ayudándola y, por eso pedía la ayuda de los demás animales en esta importante misión: había que colorear huevitos y luego ayudar a transportarlos y a esconderlos para todos los Niños del pueblo cercano al bosque. Entonces la liebre miró a José y dijo a todos:

- *... veo que tenemos a un invitado especial que se ha colado en nuestra fiesta. Creo que hoy ya ha aprendido algo que no olvidará nunca y que le ayudará a reflexionar en todo lo que aquí está ocurriendo.*

Dicho esto, continuó con su tarea: unas gallinas portaban gran cantidad de huevos y los iban dejando cerca del velo colorido que, a su vez contenía pétalos de flores. La liebre tomaba los huevitos con cuidado y los colocaba, uno a uno, dentro del velo, lo cerraba y al abrirlo de nuevo, aparecía el huevito con muchos colores, según el tiempo y el movimiento que la liebre le había dado.

- *¡Así no vamos a terminar nunca!* dijo José acercándose a la liebre.

Entonces, puso dos, tres, e incluso cuatro huevitos al mismo tiempo y, a pesar de que todos allí creían que no iba a funcionar, él tomó el velo colorido y, con mucho cuidado, empezó a moverlo unos momentos: al abrirlo, aparecieron unos bellísimos huevitos enteros.

Volvió a hacer la operación, pero esta vez con más de diez huevos; luego con veinte; incluso con treinta. Todos comprobaban que cuantos más huevos se metían, más bellos y enteros salían.

Cuando todos los animalitos repitieron el trabajo igualmente bien que José, la liebre ordenó que se colocaran en cestitos o platos y que, según sus instrucciones, se repartieran y escondieran por todo el pueblo.

José entendió que él no podía participar en el juego del escondite de huevos y con pena se despidió de sus amigos, también preocupado por lo que sus papás le iban a decir cuando llegara a casa.

Se puso en camino de vuelta y cuando llevaba unos pasos caminando, el gordo gatito se le unió en el trayecto.

- *¿Qué haces aquí? ¿No te pones a esconder los huevitos?*
- *No. Quiero acompañarte a tu casa.*

Los dos caminantes marcharon en silencio y meditabundos, y cuando llegaron al hogar, los papás les recibieron algo extrañados de no ver el arma, la liebre cazada y, además, de ver que José traía a un gatazo con él.

- *¿Has tenido buena caza, José? —le preguntó su mamá al regreso.*
- *Sí, mamá. He cazado tres rabietas de las grandes, y además he conseguido a un amigo que no tenía para que se quede con nosotros aquí.*

Entonces, en vez de regañarlo y pedirle explicaciones, sus papás, sacando su mejor sentido del humor, dijeron:

- Hoy tendremos que comer “Rbietas con polenta”* añadió la mamá.
- Sí, ¡ahora vemos que a ti “te han dado gato por liebre”!*
- ¡Jajaja!* Rieron todos contentos de no haber tenido que cazar a ningún animal.

Esa noche cenaron lo que pudieron y al despertar en la mañana de Pascua, José y el gato se pusieron a buscar huevitos coloridos. Cuando los hallaron los mostraron a su familia ... pero sin decir ni una palabra de dónde procedían.

Desde ese año, ya nunca más salieron a cazar y a nadie contaron su secreto.

FIN

Vicente García S.
Lima, 1987

(A propósito de una momentánea tendencia del grupo
a “dispararse y luchar entre sí con armas” en un 4º grado)